

VIDAS PARA DIOS

ALBERTO CAPELLÁN ZUAZU, LABRADOR, PADRE DE FAMILIA Y ADORADOR NOCTURNO

(1888 - 1965)



El 7 de agosto de 1888 nace Alberto en Santo Domingo de la Calzada. Es un niño de carácter fuerte pero noble. No le gusta reñir, pero "quien le busca, lo encuentra". Un día, saliendo de los Claretianos, hace dos heridos de una sola pedrada. En cambio, más de una vez, al topar por la calle con un mendigo, le regalaba su merienda.

A los 14 años es ya *danzante del Santo* y luce, ante las mozas de la ciudad el calzón y la chaqueta dieciochesca, las medias largas con sus borlas y la gorra típica. El baile se le daba de maravilla.

De sus 16 años dice Alberto: *"Por la tarde, después de acompañar a la chica, nos íbamos de ronda de amigos. Por cierto que uno sabía tocar el acordeón. En una de esas noches, por desobedecer a la autoridad que nos había mandado callar, nos metieron presos a toda la cuadrilla, pasando la noche en la cárcel..."*.

Y como la *paga* no daba para tantas juergas, había que acudir a la venta clandestina de trigo. Un día le pilló su madre con un saco a sus espaldas...

Su vida cristiana, mediocre. Se confesaba dos o tres veces al año: *"Me hallaba en pecado continuo, menos los dos o tres días después de confesarme"*.

Pero en su alma infantil prendió la de-

voción a la Virgen: *"En mi niñez le rezaba mucho. En mi juventud pecadora, no me dormía sin rezarle las tres avemarías con la oración '¡Oh Virgen y Madre de Dios, yo me entrego por hijo vuestro!'..."*

ISABEL

A los 6 años se enamora de Isabel Arenas, su único amor. Las aventuras románticas abundan. Como aquella noche en que, después de la ronda con sus amigos, a las dos de la madrugada, escaló el piso de Isabel hasta la ventana del dormitorio de su novia. La ventana no se abrió y sólo consiguió unas palabras de su novia: *"Marcha cuanto antes de ahí"...* *"Así lo hice. Le dejé una flor en la ventana y marché. Pero luego ella abrió la ventana para coger la flor"*.

El amor de Alberto era como su carácter: impulsivo y absoluto, hasta morir o hasta matar. He aquí una muestra: Un día Isabel aceptó la invitación a bailar con otro galán más "señorito" que Alberto. A éste le trae la noticia un amigo: *"Creo que tu novia va a salir del baile acompañada de otro..."* Esto bastó para que Alberto perdiera toda razón. Se lanzó a comprar un enorme cuchillo y se agazapó en un lugar solitario, esperando la salida del baile. Pero en su pecho colgaba el escapula-

rio del Carmen, y Alberto había oído algo de milagros, y sobre todo el del caballero que no logró suicidarse porque llevaba el escapulario de la Virgen. Lo arrojó al suelo hecho guiñapo. Aunque lo volvió a recoger para evitar chismorreos.

Ya se acerca la pareja. Alberto se abalanza sobre ella, y cuando iba a meter el cuchillo en el cuerpo del "señorito" competidor, se dio cuenta que era otra pareja. Huyó a galope tendido, mientras la novia lanzaba voces a los cuatro vientos.

Pero el fracaso serenó su ánimo: *"Lo menos que puedo hacer para no equivocarme, es hablar con el chico. Si me dice que viene con ella porque a él y a ella les gusta, le mato..."* A los pocos momentos se acerca la pareja. Alberto pregunta, mientras oculta su "herramienta": *-¿Por qué vienes con ésta? - Perdóname si te he faltado y quédate con ella.* Y le alarga la mano. Alberto la estrecha con la izquierda, porque tiene la derecha "ocupada" con el cuchillo, y replica: *-No, de ninguno de los dos, pues también ella me ha faltado.* El contricante le invitó y ambos marcharon a "matar un vaso". Isabel se fue sola a su casa, muy escurrida y sin ánimos de repetir la aventura.

A los 21 años Alberto e Isabel se casan. Al cumplir Isabel 74 años, Alberto escribió: *"Isabel es buena y guapa más que todas..."* Tuvieron ocho hijos: María Gloria, maestra. María Milagros, madre de familia de seis hijos. Francisco, con nueve hijos. Teresa, que voló al cielo a los 16 días. Gerardo Luis, sacerdote misionero, predicador de Ejercicios. Juan Bautista, casado y con ocho hijos. Pablo, también casado. Y Teresa, dominica de clausura.

EL ENCUENTRO CON DIOS

Alberto no escarmentaba. Seguían las escaramuzas y las juergas. El exceso de trabajo le avinagraba el carácter. Lo pagaban su mujer y sus suegros. A los 29 años se siente



Alberto en la era, con parte de su familia, en agosto de 1954

cansado. El capital había aumentado y decidió dedicarse a la vida cómoda. *"Más vida de café, más teatro, más disfrutar de la vida"*. Empleó un criado para los trabajos más duros, al que pagaba espléndidamente. Y, como símbolo de su cambio, se suscribió a *Blanco y Negro*. Es cristiano, pero como tantos otros: poco más que de nombre.

A Alberto le gustaba mucho leer. Y, como a muchos santos, le esperaba la gracia de Dios en la lectura de un buen libro. Nada menos que el *Catecismo explicado* de San Antonio María Claret, con sus expresivas láminas y su doctrina segura y sólida. Se lo prestó un amigo y Alberto disfrutaba contemplando los gráficos. *"No había visto libro más atractivo"*.

Durante veinticinco años Alberto recordará con exactitud el contenido y significado de cada una de las láminas. El *Catecismo explicado* decidió el giro en su noble corazón riojano. Pero fue la Virgen María la que le catapultó a la conversión total.

"Una noche, después de acostado, quedé de momento como fuera de mí contemplando una imagen. Una voz interior me dice: -¡La Virgen!... La vi a los pies de la cama con un manto y las manos juntas en posición vertical, como las llevamos los adoradores al ir a comulgar o para recibir la bendición con el Santísimo. Corona no tenía en la cabeza. Yo

no hablé nada... A la noche siguiente lo mismo. Al comenzar las oraciones me quedaba en contemplación... Y así por tres noches..."

Esta visita de la Virgen produjo en el alma de Alberto efectos decisivos en el orden sobrenatural: *"A esta bendita Madre la llevo siempre en mi corazón..."*, confesará veinticuatro años más tarde, cuando escribe por orden de su confesor estas etapas de su vida.

Había llegado al encuentro con Dios y su alma se sentía inundada de felicidad. Un día, mientras se dirigía con su carro y sus mulas a la labranza, sintió el bocinazo de un coche despampanante. Le cedió el paso y después comentaba en sus escritos: *"No cambio la felicidad que siento por la felicidad del dueño del coche más regio ni por todas las riquezas, a pesar de que voy a sudar la gota gorda en el campo. Pasé el resto del día sembrando patatas. Al volver a casa se me ocurrió este pensamiento: ¿Podría haber nada más grande comparado con la felicidad que yo siento...? Aunque viese el cielo abierto y los ángeles que bajan..., aunque viese con mis propios ojos a la Virgen, creo que no sería mi alma más feliz"*.

LIGERO DE EQUIPAJE

Alberto piensa que demasiado lastre material le impide pensar en Dios como él quisiera. Y toma una determinación drástica: *"Consistió en desprenderme de las tres cuartas partes de la tierra y, por lo tanto, vender el ganado con el que las labraba. No importa que tuviera treinta años y esperara más hijos..."* Repartió las tierras entre sus parientes. En el pueblo lo interpretaron mal. Pensaron que era cosa de holgazanería o de deudas. Pero a Alberto nunca le pesó su decisión. Mantuvo el criterio de tener lo suficiente para alimentar y dar estudios a sus hijos.

Otra decisión que tomó *para siempre* fue la Misa y *Vía crucis* diarios. Cerca de su casa se encuentra la grandiosa iglesia de San Francisco, donde tenían su teologado los Mi-

sioneros del Inmaculado Corazón de María. Las misas empezaban a las 5 de la mañana. Alberto estaba ya un poco antes para hacer el *Vía crucis* antes de la Misa.

A las 6 volvía a casa para echar el pienso a las mulas y preparar las semillas y la tarea diaria del campo. En verano salía Alberto a las 4 de la mañana para traer la mies en el carro. Durante el camino suplía su *Vía crucis* meditando la Pasión y rezando catorce padrenuestros. He aquí como transcurre un día cualquiera de su vida laboral:

"Al acostarme, ejercicio del cristiano de rodillas ante el crucifijo. A continuación -como adorador que soy- me pondré con los brazos en cruz cara al sagrario y haré el acto de desagravio y la comunión espiritual. A continuación, examen de conciencia y entregarme al sueño con la mirada dirigida a Cristo Crucificado. Al despertarme alguna vez por la noche, mi jaculatoria de Adorador Nocturno.

Por la mañana me vestiré pensando en cosas santas. Luego, de rodillas ante el crucifijo, los cinco padrenuestros en memoria de las llagas. A continuación, dar el pienso a las mulas y lavarme. Sigo rezando y pensando en el Amor de los Amores, al que voy a recibir. De casa a la iglesia pido a mi buena Madre del cielo la gracia de las gracias: la de ser santo".

No faltan cruces, ni tentaciones, ni sequedad de espíritu. Todo lo vence su fe confiada.

ADORADOR NOCTURNO

Se había fundado en La Calzada, en la noche del 3 al 4 de abril de 1910. A Alberto no le entusiasman las funciones solemnes, pero le llama la atención el talante de aquellos hombres. De su discurso surge la llamada y, al cabo de 9 años, su decisión de ingresar en la Adoración Nocturna. Al medio año es nombrado vocal del Consejo. En 1927 es elegido presidente. En 1930 recibe la insignia de veterano, con 144 vigili-
as ininterrum-



Alberto e Isabel, en Lourdes, con motivo de sus bodas de oro matrimoniales.

pidas de adoración. En 1937 pasa a *veterano constante*, al haber cumplido las 250 vigili-
as reglamentarias. Vivió intensamente esta gran
Obra. Y no falló a su vigilia ni una noche. Sólo
en una ocasión fue a buscarle su mujer a la
iglesia, por un grave percance del ganado.

"EL RECOGIMIENTO"

En los años 1920 y posteriores abundan los mendigos deambulantes por los caminos de España, con su carga de miseria y hambre. Con sólo asomarse a la ventana de su casa, Alberto contempla a diario el triste espectáculo "siempre idéntico y siempre renovado": una larga cola de mendigos esperando la "sopa boba" en el pórtico del convento de San Francisco. La mayoría son an-

cianos, mujeres y niños. Llevan en sus manos una lata o un puchero. A la hora convenida, un hermano saldrá a regalarles un buen plato de sopa en el que se mezclan el cocido con el tocino, chorizo o morcilla, y un pedazo de pan blanco.

¿Y después? ¿Dónde se cobijaban? ¿Cómo resolver el problema de los itinerantes "sin techo"? Alberto comenzó por ofrecerles uno de sus pajares para que pudieran dormir en él y acabó construyendo un cobertizo, con menos peligro de incendios. Y junto al cobertizo, otro pequeño apartamento para una especie de cocina, donde pudieran hacer fuego para calentarse y para cocinar unas patatas o una sopa. Leña no faltaba. En las carnicerías, algo les daban para amañar las patatas... Generalmente tenían de sobra. Cómo no, si en la ciudad del Santo anida uno de los más bellos testimonios de la caridad cristiana. Alberto llamó a la obra "El Recogimiento".

Era esto en 1928. Doce años después Alberto se ve obligado a construir un "Recogimiento" mayor. Un fuerte viento había derribado el anterior. Él mismo hizo de peón de albañil a sus 54 años. Y cuando veía coronada su obra, un contratiempo vino a probar su temple heroico.

Proliferaba en España el temible tifus exantemático, familiarmente "el piojo verde". La Delegación Municipal de Sanidad ordenó cerrar el gran "Recogimiento", por si los mendigos fueran portadores de la enfermedad. Pasados dos años, Alberto volvió a abrir el refugio. El nuevo edificio constaba de planta baja y piso y lo fue dotando de camas, colchones, sábanas, mantas, etc.

"Tengo ya un hermoso crucifijo para colocarlo frente a la puerta de entrada para que sea lo primero que al entrar vean los ojos del desgraciado... Pienso colocar un humilde Vía crucis para andarlo solo o con los pobres todos los días".

"El Recogimiento" era conocido por todos los vagabundos de la Rioja y provincias limítrofes. Los huéspedes no bajaban de 30.

En invierno estaban ocupadas todas las plazas. Y si les cogía una nevada permanecían allí días y días. Entonces entraba en función el Teologado Claretiano con buenos calderos de alimentos. El refugio tenía su reglamento y su disciplina.

"DIGA, MAJO, DIGA"

Como el refugio estaba cerrado por la noche, no pocas veces, a horas intempestivas, cuando Alberto estaba ya acostado, llamaba a la puerta algún mendigo aterido de frío. Alberto se levantaba sin enfadarse: *"Diga, majo, diga..."* Y lo acompañaba al refugio. Y a veces uno detrás de otro.

Cuántas veces salía a dar una vuelta, después de cenar, y se encontraba con alguno tendido en el barro, o en un charco, o medio cubierto de nieve, porque el vino había podido más que la voluntad de llegar al refugio. Alberto lo levantaba como podía y si no con la ayuda de alguno, y lo llevaba al refugio. Una vez allí, le despojaba de zapatos, ropa, etc., le abrigaba para que entrara en calor, *"y a dormir se ha dicho"*.

Los domingos por la tarde se marchaba al "Recogimiento" para pasarlo con los pobres. Si andaban escasos de leña, sacaba de su pajar, preparaban una buena fogata en las tardes de invierno y en torno a ella charlaban todos. Ellos le contaban sus "experiencias" y Alberto les escuchaba y les daba consejos muy prácticos y oportunos. Sacaba unas patatas y una botellita de vino y, mientras las patatas se asaban, Alberto les invitaba a rezar el Rosario. La aceptación era unánime. Y no pocas veces se separaban del corro en torno a la lumbre, para rezarlo de rodillas. Sólo en una ocasión un mendigo no quiso rezar: *-Yo no quiero rezar. -Pues por lo menos respeta a los que rezan.* Y así lo hizo.

Ni un solo día se dejó de rezar el *Angelus* al toque de oraciones. Y para la mañana y la noche les había compuesto unas oraciones breves. Una de ellas la jaculatoria de la

confianza: *Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío.* Y otra de la Virgen: *Sea, María, tu Corazón, de todo el mundo la salvación.*

Y el acto de contrición, breve y conciso, para no cansarlos: *Señor, pequé... Me pesa de haberte ofendido. Ten misericordia de mí y de todos los pecadores...*

LA FAMILIA DE ALBERTO

Isabel fue el complemento ideal para Alberto, y, como se puede suponer, tuvo mucha parte en su santidad. Isabel es descrita como una mujer dulce en extremo, "de una belleza serena que irradiaba paz, con una gracia de estado que le hizo llevar con naturalidad las pesadas cargas de una familia numerosa y rica de labranza. Nunca puso dificultad en las audacias caritativas y apostólicas de Alberto o a sus paseos solitarios... Isabel aceptaba y sonreía... Incluso cuando a la hora intempestiva de las cinco de la mañana, su marido la llama con la voz robusta de su *Angelus*".

Supieron educar bien a sus hijos. Isabel, siempre activa, poniendo su toque de paz y serenidad. Alberto empleaba una mezcla de amor y fortaleza característica del padre. Muy cariñoso en los juegos. En el campo saltaba y gozaba con ellos, se los cargaba a las espaldas... Pero cuando mandaba algo, había que obedecer. No soportaba la mentira, pero si le pedían perdón, perdonaba al momento. Si reñían entre sí, les preguntaba el motivo, les hablaba y todo terminaba con un abrazo de paz entre los hermanos. Si la cuestión era más seria, les llevaba ante el Cristo de su alcoba y allí le pedían perdón al Señor con una jaculatoria que él les había enseñado. Y siempre procuró alimentar su fe: *"Procuraré que mis hijos no olviden el santo Catecismo. Y para ello daré lectura o mandaré que ellos lo repasen durante el invierno. Y también procurar que lean -o yo mismo leerles- libros espirituales que fortalezcan su fe y les instruyan en las verdades eternas"*.

AL TÉRMINO DE LA JORNADA

A unos kilómetros de Santo Domingo vivía un rentero en pleno campo. Alberto se enteró que pasaba apuros económicos. El 22 de febrero de 1965, el día más frío del año, Alberto se puso en camino para darle la alegría de que le iba ayudar en unos pagos. De vuelta por el solitario sendero que conduce a la carretera, sintió un agudo dolor precordial que le obligó a tenderse. Algo repuesto, pudo salir a la carretera. Pasó providencialmente un conocido, quien le llevó a casa con su furgoneta. Al preguntarle su hija Gloria cómo se le había ocurrido salir en un día tan gélido, contestó: *-Pues si vieras lo alegre que iba... Un rato cantaba, otro rezaba, otro meditaba.*

Dos días después Gloria se disponía a acompañar a un grupo de alumnas a la Catedral para ser confirmadas. Alberto la tranquilizó: *-Vete a la Catedral con tus niñas... tengo*

sueño y voy a dormir, que nadie entre hasta que tú vuelvas. Al volver, le advirtieron que seguía descansando. Entró sigilosamente en la habitación. Un rayo de luz daba justo en su rostro sereno y en paz. Alberto había entrado en el gozo eterno.

Alberto Capellán encontró a Cristo y le siguió sin regateos ni incoherencias. Y, como consecuencia, buscó esforzadamente "la plenitud de la vida cristiana y la perfección de la caridad, a la que son llamados todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, que es una forma de santidad que promueve, aun en la sociedad terrena, un nivel de vida más humano" (LG, V, 40).

El proceso de beatificación de Alberto Capellán está en marcha. La Iglesia dirá. En todo caso nos queda el ejemplo de su fe robusta y de su fidelidad a la gracia de Dios.

Mercedes Morer Vidal